

G u s t a v o B o t e r o

DIARIO DEL DESGARRO



DIARIO DEL DESGARRO

Gustavo Botero Cadavid

Copyright

Titulo del libro: Desgarros del Alma

Autor: Gustavo Adolfo Botero Cadavid.

© 2019

gboteroc@gmail.com

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. Este libro contiene material protegido por leyes y tratados internacionales y federales sobre derechos de autor. Se prohíbe cualquier reimpresión o uso no autorizado de este material. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información sin el permiso expreso por escrito del autor / editor

***Este esfuerzo es dedicado en especial a mis hijas,
al alma de Laura, Mi Lindos, con la esperanza de que lo
lea desde el cielo, donde debe estar.
Lo dedico a mi madre, siempre ejemplo de vida, que
escribió su libro a la edad de 79 años y de quien tomo el
impulso de publicar estas páginas.***

A mi familia, hermano, hermanas y sobrinos.

PREFACIO

Desde muy pequeño me aficioné a la lectura. Era un ratón de biblioteca y mi juventud la pasé leyendo desde libros de bolsillo con el tema Western, hasta las grandes obras de la literatura universal.

Los que leemos vamos desarrollando un impulso hacia la escritura. En mi desarrollo como persona llegué a la vida adulta y profesional y dejé de lado ese gusto (solía escribir en cuadernos escolares cada día), y le di rienda suelta a generar empresa, hacer familia y conseguir cosas.

Escribir, entonces, se convirtió en una respuesta a los compromisos de negocios. Es importante anotar que nunca he asistido a cursos o talleres de escritura. Cuando escribo, reviso, y en las re-lecturas me detengo para hacer correcciones personales o a hacer los cambios sugeridos por los amigos. En los últimos años me dediqué a escribir de manera inmediata en los dispositivos móviles que tengo a la mano y así se han ido publicando varios textos en las redes sociales. El año pasado la tragedia llegó a mi vida: mi hija mayor sucumbió a la depresión y se quitó la vida. Este libro es un homenaje para ella que ha dejado una inmensa tristeza en toda la familia y en especial a sus padres y hermanas. Espero que este libro llegue a las personas que amo y a quienes considero mis amigos. Gustavo Botero Cadavid text placeholder - click this text to edit.

Gustavo Botero Cadavid

Diario del Desgarro



CUANDO EL CAMINO SE ROMPE

Mis Lindos, así te llamé desde el primer día. Aprendiste a dormir en la “piscinita” que se hacía en mis piernas y que tú bautizaste, Mi Lindos, heredado a tus hermanas. Cuántos recuerdos hermosos nos dejaste. Ayer Susana, en medio de esta honda tristeza, me pedía una palabra para recordarte y sin dudarlo te llamé Ternura. Eso lo reflejas en esta foto que hay en el altar. Tenías demasiado corazón, sé que nos amabas a todos de forma inmensa y decidimos respetar tu decisión, no es fácil.

Mi Lindos, sé que siempre estarás presente, que habrá preguntas sin respuesta, abrazos pendientes. Me dicen todos que estás volando, que ya eres un ángel. Pero están equivocados, siempre lo fuiste y ahora vuelas en el cielo donde estoy seguro te acogió Jesús.

Ayer hicimos un compromiso: vamos a buscar la felicidad. No queremos permitirnos más tristezas. A lo mejor eso buscabas, que fuéramos felices y es lo que nos vamos a regalar, hija mía. Susana y Juanita me dicen que les dejaste una huella inmensa y quieren asemejarse a ti porque solo hay admiración; quieren hacer de sus futuros logros un homenaje a tu existencia. Allá donde tú vuelas acudiré a darte mil besos. Te prometo que será cuando Dios lo designe porque esa fue otra promesa que nos hicimos. Le pido a esta sociedad dejar de mirar estereotipos vanos, a los padres más abrazos a sus hijos, a sus nietos, no escatimar en el amor. Espero haberlo hecho contigo, hija mía.

Le pido a Dios fortaleza para esta familia desgarrada, ayúdanos a armar de nuevo nuestros corazones.

Adiós, Mi Lindos. Te amamos demasiado.

SUEÑOS TRUNCADOS

Cayendo la tarde el sol me invitaba a bajar a la playa, a sentarme en algún tronco trabajado por el mar. Me invitaba a un vino y a espantar de la memoria tu recuerdo por un rato, esperando adormecer mi dolor. Fue inútil. Te sentí aparecer a mi lado, me hablabas, no de tu partida, sino de esos sueños que dejaste truncados. Musitabas con amor a mi oído, me hablabas de héroes adoptados, de gatos y “moningoles”, de “Johnys” y pulgas, de miedos y esperanzas.

Me hablaste de ángeles y mis lágrimas se confundieron con la sal que llevaban las olas. El rojo del cielo se fue agotando y yo quería que permanecieras a mi lado, pero partiste como llegaste: en silencio y diciendo “te amo padre”. Supe que eras distancia, un dolor en mi memoria, ausencia.

MAR Y LÁGRIMAS

El sol bañaba mi espalda. Me hice bajo la vieja palmera buscando su sombra. Tomé el libro y continué la lectura, interrumpida muchas veces, porque el pensamiento me llevaba a ti. Al igual que en otras ocasiones los recuerdos me llenaban los ojos de lágrimas y el alma de tristeza. Hoy en particular recordé ese sábado que estábamos tú y yo, solos, tú de seis meses y yo de papá enamorado; tú hirviendo de fiebre y yo sin saber qué hacer. Mis manos medían la temperatura en tu barriguita.

Nos metimos en agua fría y luego corrí a la clínica contigo. Estuviste grave por muchos días; pero el amor de tu pediatra y el llanto de tus padres hicieron el milagro de verte crecer. Hoy, bajo esta palmera, te siento cerca y quisiera que el mar enjugara mis lágrimas por siempre.

Te amo, hija.

27 AÑOS

Me daba risa cuanto te dolía cumplir años, porque sentías que crecer era duro. Hubiera querido verte cumplir más, verte criar los hijos que deseabas, saberte amada y acompañada de un buen hombre, que crecieras profesionalmente. Eras el faro para tus hermanas, ellas te extrañan al igual que nosotros; pero también te extrañan tus primos y tíos y abuelos, te extrañan algunas de tus mejores amigas. Seguro viste desde el cielo que nos acompañaron a tu misa. Yo pienso que aún estás conectada a tus perros, Pulgas a ratos entra a tu pieza y se acuesta en tu cama. Este hombre, este papá, llora tu ausencia: hoy cumples 27 años y celebro tu vida, el amor que nos diste.

Disculpa si te fallé.

TU MORADA

Allí estás, hija. Violamos tú última morada, oscura y húmeda: no podías ver los girasoles que tus hermanas y tu madre ponían cada tanto para adornar el lugar donde yaces ahora. Nunca te visité, estás viva en mis recuerdos, en mi amor, en mi tristeza, en mi insomnio. Allí estás. Yaces en los sueños inconclusos, en las palabras nunca dichas, en los nietos prometidos. Sé que tienes miles de hijos en el cielo. Me sé abuelo de tus angelitos. No estás lejos, vives en mi alma. Tus cenizas ojalá pudieran renacer, convertirse en alegres pájaros que cobijen a tus hermanas y a tu madre. Tus cenizas serán mi última conexión contigo, el último recuerdo de tu existencia, de nuestro amor. Te amo por siempre, Mi Lindos. Finaliza el año. Se acaba este año y espero poder abrazarte de nuevo; pero te has ido. No entiendo... ¿Por qué te cansaste si habías logrado una de tus metas y pudiste ser feliz? ¿Por qué renunciaste a la vida, al amor de tu familia?

Pienso en ti, y lloro siempre.

TELARAÑAS

Que vengan las telarañas, quiero que vengan las telarañas a mi memoria, siempre viejas, en blanco y negro. Viejo me encuentro yo, sentado en una vieja silla y en silencio. Ya no hay risas ni dulces gestos ni palabras, solo frío y la promesa de encontrarme junto a ella. Se marchó robándose la alegría, se adelantó al más allá: un jardín de girasoles, guardería de pequeñas almas, cantando a su lado. Tal vez encuentre otros amores y respuestas para preguntas huérfanas; recuerdos mohosos que aún duelen. Hoy, como ese año, las lágrimas aparecen al atardecer, y mi sueño se confunde con tu presencia. Con la esperanza de tenerte cerca.

TUS FOTOS

Miraba la copa de vino vacía, no sabía si llenarla y darle rienda suelta al recuerdo. Dejé de mirarla y puse mis ojos en las miles de fotos que tenía en el teléfono; estabas allí en todos los 26 años de tu vida.

Siempre tus fotos tenían alegría en la mirada o en la composición; ninguna reflejaba tu dolor o tu angustia. Había que repetirlas varias veces porque eras vanidosa, y tenían su historia detrás. Dejé de mirar y me acordé de ese sábado cuando mi mano detectó la fiebre y comprobé que estabas enferma, muy enferma. La dedicación de la pediatra y de nuestro susto te rescataron de una muerte segura. Tenías 6 meses.

Recuerdo tus escritos, tus sueños y esperanzas, tus miedos, esa burla que tus contemporáneos hacían ante los estereotipos de la belleza (malditos, todos pusieron su grano de arena para que eligieras partir). Me acordaba de tus arranques de niña soñadora, esas horas en que disfrutabas con tus hermanas en el parque de Harry Potter; me llegan imágenes con tu rostro arrobado por el amor que trasmitías a tus bebés pacientes. Recuerdo, Hija, tus largos abrazos con esas “pulgas”, tus rabias por cualquier injusticia, tus bailes bobos cuando entrabas a mi habitación buscando solaz para tu agonía por un parcial.

Diario del Desgarro

Han pasado meses y este dolor es cada vez más vívido; la esperanza de que esto fuera mentira se ha escapado; solo volveré a verte cuando yo parta.

NAVIDAD

Llegó el mes que pretendía perfecto. Ayer me decía Susana que odiaba la navidad, pues ya no tendremos la compañía de la que se ponía collares de luces y orejitas de reno; sin su sonrisa será bastante dura. Pero hijas mías: ¿Recuerdan esas navidades en su compañía? Hacíamos asados, fritangas, fogatas; toda la casa se llenaba de luces; sancochos enormes para toda la familia. ¿Recuerdan los muñecos feos que comprábamos en el camino y envenenábamos con pólvora? ¿Recuerdan mis rabias cuando se salían del libreto? Yo me acuerdo de todo; pero no es lo mismo.

ALGO QUEDA

Hay cosas que su muerte no se pudo llevar. No se fueron con su cuerpo los momentos hermosos que nos regaló. Ese amor-miedo a su profesión cuando abrazaba sus pacienticos; la foto plena de felicidad con que nos sorprendía; la idea siempre presente de querer robarse esos niños. Pensaba yo que tendría muchos hijos para su amor. No partieron tampoco los recuerdos de su lucha continua contra la obesidad y sus enfermedades de base; sus miedos, sus gustos por la historia, el cine, su avidez por la lectura.

Espero que el olvido no borre esas largas y amenas conversaciones inteligentes; su gusto por debatir conmigo sobre política, casi siempre en la orilla contraria. Su amor por los perros y gatos que la acompañaban en la habitación y que alguna vez llamamos la terapia “pulguini” porque la llenaban de paz y felicidad. No se llevó el ejemplo ni la inspiración que generó en sus hermanitas, ni su “Moningol”, ni a “Jhony”.

Nos quedan miles de hermosas imágenes que con el tiempo aprenderemos a ver sin dolor.

MI LINDOS

En las noches cuando asola el insomnio, apareces tú. Con tus grandes ojos y el pelo indómito en los mensajes por WhatsApp. Hija de mis entrañas, hermana modelo, Mi Lindos amada. Con tu corazón abierto, lleno de amor. Tú, que a veces compartías tus sueños. Mi niña con miedo, incertidumbres, pero siempre esperanzada. Y te acojo y te abrazo, te rezo y te lloro.

AUSENCIA

Ese artificio de poder reconstruir escenas, hechos, diálogos, besos, tristezas, dolores. Esa argucia que nos hace sonreír cuando los recuerdos son amorosos. Un tiempo en la playa, un abrazo inmenso algún día, un baile juntos, un matrimonio, momentos hermosos. La memoria que trae las alegrías que me entregaste: tu primer uniforme, tu llanto al peinarte para mandarte a la escuela; las peleas con tu pelo crespo; tus logros, tus primeros escritos; la calma que buscabas en mi regazo; los amores con tus perros, tus sobrenombres mágicos, tus fotos de viajes, tu fantasía, tus locuras en mi alcoba. Recuerdo ese gran amor por tus hermanas, tus rabias, tus instantes de duda. Y recordarte me arranca lágrimas y quiero que broten sonrisas. Deseo que estés presente, conmigo; abrazarte y borrar este dolor y llenar mi pena de dicha. Y que me digas, “ámame padre”, y que pueda yo decirte “te amo, hija; con todo mi amor”. ¡Cuánta falta me haces!

DUERME HOY, HIJA

Hubo días en que no escribía sino a mi hija, con un amor enredado. Pero hoy el mundo es distinto: alguien me enseñó otros caminos transitados por personas cercanas, felices, pese a la pena. Y escuché mensajes del más allá que siento aquí, cerca. Y unas ganas inmensas de sonreír y abrazar a mis otras hijas: Susana y Juanita. Y quiero rezar, hija, por tu paz y la nuestra. Volver a ver el cielo y disfrutar del atardecer. Imaginarte distinto; pedirle a Dios que me permita olvidar las imágenes que me llenan de dolor; salir de esta tristeza y poderte dedicar una canción, una flor, un poema. Saberte libre y liberarme del dolor. Pedirte, hija, que me dejes amar, libre, sin ataduras. A tus hermanas, a tu madre y a la mujer que amé. Que abracés los niños de tu cielo, el que mereces.

Te sueño sonriéndome en este instante, hija mía. Sin rencores, dándonos el perdón. Duerme hoy, linda; libre, sin culpas. Yo lo haré.

MI MÉDICA

Cuando ibas a cumplir dos años, le pediste al niño Dios un juego de médica. Disfrutaste mucho ese regalo y desde ese momento dejaste entrever tu inclinación por la profesión. Todas las pruebas psicotécnicas del Colegio apoyaban la elección y, terminado el bachillerato, te presentaste al Ces y a la Universidad El Rosario, de donde recibimos una carta de felicitación por tu excelencia en las pruebas.

Yo frustré tu sueño de estudiar en Bogotá. Siempre me lo reclamaste y yo me castigué por ello, pero no quería dejarte marchar: te sentía débil y muy joven para el reto. Perdóname hija. Te faltaron 15 días de la última rotación para graduarte como médica, y soñaba que ese fuera tu pasaporte para salir del enredo de vida en el que andabas.

Diario del Desgarro

Me dijiste al final que te abrumaba la responsabilidad; eran tus miedos e inseguridades, el momento que vivías. Hubieras sido una gran profesional porque te entregabas con un enorme corazón a tus pacientes, ese amor por los niños auguraba una pediatra capaz; estudiabas mucho y siempre con excelencia en los resultados. Hoy la Universidad, en un acto que agradecemos, te otorga el grado póstumo de Médica.

Sé que desde el cielo nos verás. Es otro día triste en esta cadena sin fin, pero te merecías el título y mi hermosa médica sabrá que logró su cometido. Que allá en el cielo estés curando almas tristes. Te amamos, mi médica hermosa.

TE BUSCO

Noche lluviosa y mañana fría, abrigado por mis cobijas se suceden los recuerdos, los nuestros, los de familia, los sueños y esperanzas truncados. Te busco en cada imagen, te pienso vestida con tu uniforme de médica, siempre azul, casi siempre con una sonrisa. En tu cama enredada con Pulgas, libros, el computador y trastes de comida. Eras feliz allí. Y hoy vuelvo a llorar como sucede a diario.

TE RETÉ Y PERDÍ

Esa mañana te reté, esa mañana te perdí y ha pasado un mes y te busco en todos los momentos de mi vida. Y me lleno de rabias, de cosas por hacer. ¿Sabes algo, hija?, me quedé pensando en una conversación contigo, una larga conversación a tu lado. Y no puedo asimilar la falta de tu carita llena de luz y amor. No puedo pensar que me queden 20 o 30 años de ausencias, sin ti.

QUE NOS PROTEJAS

Despierto y espero que se ponga la noche de nuevo, que llegue con su misterio, llena de sueños, con la esperanza de verte, hija, en algún recodo del cielo. Verte con mil perros, mil niños y muchas sonrisas; que no te duela nada, que todo sea alegría. Que me hagas cosquillas en los pies y yo me haga el bravo para que sigas. Que en ese cielo escribas como lo hacías acá y motives cien vidas que de seguro habrán agradecido que las curaras de sus males terrenales. En esas noches quiero ver tus alas protegiendo a tu madre, a tus hermanas y abuelos; que protejas a este padre que llora tu partida.

MI ABRAZO

La arropaba con su frazada y mi abrazo. La acunaba en mi regazo y dormía plácida y sonriente. Le adornaba su entorno de muñecas y peluches, y ella jugaba: hacía ciudades imaginarias con cualquier trasto. Siempre fui su amigo “chito” y su héroe, según decía. La amé con alegría y con miedos, la quise soltar pero no pude y se marchó sin despedirse. Allá al cielo te llegarán mis abrazos cada día, mis besos y un te amo, hija mía.

16 DE JUNIO

Solo es un número, solo es un día, pareciera que este aniversario debiera tener una alta carga de emocionalidad y sí, así está siendo. Ese silencio eterno de tu voz duele en el alma, duele en el cuerpo. Esa presencia hermosa que dejó tu paso por la vida, hoy se siente más dura. En esos días caminabas en la línea delgada de tu grado y tu futuro; confiabas y no; amabas a alguien y parece que él no; soñabas y temías; era normal para nosotros, pero para ti era una carga, detestabas tu cuerpo y era el deseo soñado de muchos. Yo soñaba con nietos de tu descendencia y tú caminabas otros senderos: eras sonrisa la más de las veces, y otras, llanto y confusión, contradicción entre alegrías y miedos. Lloro día a día tu ausencia, y tú no apareces ni siquiera en mis sueños; eres nostalgia, eres lagrimas, corazón atenazado, preguntas sin respuestas, la sorpresa que aún hoy me sorprende. Eres este amor que crece más y más. Perdóname por no estar ese día para ti como tú querías; traté de no seguir siendo el padre alcahueta, pero es posible que aún estuvieras a nuestro lado. Espero que se cumpla la promesa de la vida eterna para amarte por siempre donde estés.

LÁGRIMA PERPETUA

Noches largas, frío en el cuerpo y en el alma. Te despiertas y solo lágrimas. Te despiertas y habitas mi pensamiento: añoro levantarme y encontrar tu rastro, el desorden, los abrazos a tus perros y a mí. Te escucho y trato de entender tus miedos. Los hago míos y la ansiedad crece. Miedos que un 16 de junio se volvieron reales y atenazaron mi vida. Te veo y me soslayo en el amor de un padre por esa hija que me dio la luz: te recuerdo y una lágrima perpetua me inmoviliza.

CONFESIONES

Van pasando los días y se acerca la fecha nefasta de tu partida. Pensé que el tiempo sería el remedio al dolor, que sería diferente al recordar el tiempo perdido con mi padre. No hija. Es aún más difícil: camino por mi pieza y veo tus fotos que nunca he querido descolgar, porque tu paso por nuestra vida sigue presente. En mi celular hay miles de fotos tuyas que no voy a borrar; en mi alma hay miles de contradicciones, reproches a situaciones que pudieron impulsar tu decisión, miedos inmensos que no acompañé a tiempo. Me he vuelto aprensivo, medroso, me sumerjo en sueños que son violentados por la imagen de tu camino a la muerte, y lloro, sigo llorando, doliéndome por tu decisión al verme privado de tu presencia, de tu amor. Perdóname, hija, pero el sufrimiento no me abandona.

ROBAMUSA

Tu partida me robó la inspiración que impulsaba mi pluma para escribir con amor, esperanzado. A veces aparece la musa pero llegas tú y la enredas, se llenan mis ojos de lágrimas y aprisionas mis manos. Espero compartir contigo mis escritos algún día; sé que desde el cielo los leerás y sonreirás porque me sabrás curado. Te he escrito desde siempre y guardo estas páginas para cuando esté preparado.

TE AMO, HIJA ROBAMUSA.

EL LIENZO

El lienzo estaba en blanco, los paisajes fueron grises y no entendía el porqué, pues, mi paleta fulgía de colores. El lienzo me invitaba a pintar ahora que está lejos. Mi pincel buscaba nuestros horizontes. Ella quería dejar de lado los colores, los paisajes, tantos amores. Yo solo quería pintar su vida, llenarla de felicidad. Firmar el cuadro con un “te amo, hija”.

NO TARDES

En esta esquina solitaria quiero encontrar tu ser. El mundo se ha levantado a contarme mil cosas tuyas: que eras inteligente, que ayudaste a cientos de personas, que eras solidaria, que todo en ti era perfecto. Lo sabía que eras. Pero el mundo no pudo ayudarte; nunca aparecieron las muletas que necesitabas para salir del bache y no me sobrepongo a entender que no fuiste capáz; que ya nunca volveré a ver tu carita y no entrarás a mi alcoba con ese extraño baile cada que estabas tensa por un examen; que ya no te oiré llamarme “amigo Chito”; que no estás, que te fuiste sin pedir permiso. Solo hay dolor y llanto, hija. Solo velas blancas, girasoles y constante luz porque con eso trascenderás, según dicen. No sé, no lo entiendo. Solo existe el amor de este padre que quisiera estar seguro de que lo has logrado: que ya no lloras, que sonrías feliz, que ahora eres libre.

REENCARNÓ

No me acostumbro a su ausencia, la busco en los ojos negros y grandes, busco su sonrisa, la quiero ver. Sé que reencarnó en alguna bebé de rulos y mirada coqueta; que jugará con amigos invisibles y se abrazará a su padre dándole amor inmenso. A cualquier padre que encuentre esos ojos le diré que la ame, que es mi hija siendo de nuevo.

NO HAY RECETAS

Hay días en los que quiero hacerle trampa al dolor, seguir las recomendaciones de aquellos gurús del duelo que nunca han perdido a un hijo, una madre, un hermano, pero creen tener la receta para no sufrir más. Ellos no saben qué es despertar y creer que regresaste, que estabas de viaje, que nos habías tomado del pelo y nos encontraste blandos y tristes. No saben qué es preguntarse mil veces los porqués, no saben del miedo que me produce volver sobre el camino de tu decisión, no saben qué piensa este padre que pudo evitar tu decisión. No saben cuánto pienso si fue algo que hice o dejé de hacer lo que determinó tu destino. Nadie sabe el amor inmenso que te tenía, que te teníamos, que nos tenías. Aún hoy quisiera que de verdad me hubieras considerado tu héroe como me lo dijiste el día anterior, aún hoy hubiera querido un diálogo intenso, como muchos, que quedara en puntos suspensivos, retando mi capacidad de ser padre, amigo, héroe. Hoy sigo esperando tu lenta, irresoluta determinación de vivir que se había vuelto la tarea más grande de ser padre. Aún hoy pienso en mi lucha por creer en los preceptos religiosos que me prometen volver a verte y darte el abrazo eterno que ese sábado te negué. Aún hoy pienso en volver a ser lo que he sido.

EL NAUFRAGIO

Te espero. Han pasado las horas y los días, las lágrimas se derraman en cada pensamiento, en cada recuerdo, con cada palabra dicha, cada vez que tu nombre se escucha, con cada foto que aparece sin querer. Cada minuto es una eternidad; cada noche es un inmenso cerco... ¡qué duro el silencio, sin tu risa! Cada lugar maltrecho de este corazón te añora; cada pétalo de cada girasol brilla y se dibujan paisajes poblados de amarillo: sembraré miles para ti, hija mía. Mil mensajes por el día del padre, yo que enloquezco y me lleno de angustia, con la ternura maltrecha. Hoy que reconozco en Susana y Juanita, las hijas que me rescatan del naufragio.

RECUERDOS EN LA MAR

Sonaban móviles de conchas, las palmas dejaban escuchar su canto, el mar como siempre moría en la playa, ola tras ola, con ese sonido que relaja el alma. Un padre jugaba a hacer castillos de arena con sus dos pequeñas hijas. Hoy estaba solo, pero recordé las muchas veces que era yo el que estaba arrodillado con baldes, rastrillos, palas; jugando a hacer feliz a mis hijas. No era yo el que levantaba los castillos, pero si era el padre amoroso y feliz que construía lazos de amor, que tendía puentes de afecto, como los que recibí en mi niñez; era el padre que entraba al mar con las hijas colgadas del cuello y los brazos. Era el que alcaheteaba cuanto chuchería vendían en la playa; era yo, más joven y vital, lleno de sueños de perfección para nosotros, padres e hijos; el que en otras ocasiones se paraba en cualquier tienda del mundo a comprar un bluejean, un peluche o un pequeño juguete; era un hombre con suerte porque encontré la felicidad en mis hijas.

Diario del Desgarro

Con más años en mi alma, las playas se turnaban con parques, viajes, conciertos de músicas de las que a duras penas sabía el nombre, partidos de fútbol, barcos, carros, aviones. Siempre lo disfruté, pero hoy miro este mar en soledad, con un libro en la mano, lejos; eran otros padres los que repetían la historia; era el mismo mar, nada había cambiado, pero yo era más viejo y estaba más solo; extrañaba sus sonrisas, extraño las palabras de afecto que no recibo y eran la cosecha que quería en esta etapa de mi vida.

NO TE RINDAS

No te rindas, aún estás a tiempo de alcanzar tus sueños y comenzar de nuevo; de aceptar tus sombras, de enterrar tus miedos, liberarte del lastre y retomar el vuelo. No te rindas que la vida es eso, continuar el viaje, destrabar el tiempo, correr los escombros y aclarar el cielo. No te rindas que la vida es eso, arrópatate en el amor de tu padre y cúbrete con sus lágrimas temblorosas.

RUTINAS

Y volví a una rutina olvidada, al café en el frío de la mañana, sentado en el sofá, acompañado de una manzana que rebanaba de a poco mientras leía las noticias. Pero es una rutina incompleta porque faltas tú, porque te robas todos mis pensamientos, porque aumenta las lágrimas, porque faltan ustedes, hijas mías. Quiero que termine, quiero construir otra vida a su lado.

Las amo, hijas mías.

SUSANA, MI HIJA

Cuando nació fue la más pequeña de todas, uno creía que no podría criarse de tan chica que era, pero creció. Creció tomando tetero de mis manos, la mayor parte de las veces funcionaba bien porque ya era medio experto, sabía sacar gases, cambiar pañales y tratar pañalitis, fiebres menores, acunarlas, hacerlas reír. No había placer mayor, usaba experiencias adquiridas y las repetí con ella y la siguiente y soñaba hacerlo con las siguientes. Más tarde les daba de comer, cucharada tras cucharada, sentadas ambas en mis rodillas les contaba cuentos y les cantaba; las peiné y bañé casi hasta su pubertad, cuando las distancias se marcan entre padre e hijas. Atendieron mis rabias y miedos, en especial la hija para quien escribo. Fui el alcahuete mayor sin calcular que querer proveer a un hijo de ese bienestar que a los padres fue negado, no por egoísmo sino por incapacidad, significaba asumir sacrificios que no tenía previstos por considerar que eran los indicados, por ejemplo, dejar el licor; pero siempre estuve allí, en las buenas y en las malas. Me sentaba con ellas en el suelo dibujando quimeras, construyendo escaleras que iban a los cielos que podían imaginar. Las levanté en la mañana atendiendo sus caprichos de primero yo y segunda yo; acompañé sus desayunos, entendí sus silencios y perezas, fui el chófer, el todo. Un día, este, el padre, el ser humano, el que se entregó a ella, a ellas, tomó algunas decisiones, tardías porque deberían haberse tomado muchos años antes, decisiones que chocan a algunas personas, que pretenden aliviar dolores, aliviar las congojas de los demás. Se espera que esa persona entienda que el ser humano que ella llama “padre”, no es más que una persona llena de carencias, que sabe que su tiempo se agota, que hay otras puertas; que nunca existe la pretensión de borrar ese pasado hermoso construido desde la concepción.

Diario del Desgarro

Un amigo me decía que había que esperar a que crecieran para que entendieran a sus padres. La verdad, no tengo más tiempo, aposté por ser un poco más feliz, trato de ser un buen ser humano. Pero estoy muriendo en el intento.

EN LA PLAYA

Me senté a su lado. Ella sacó su cámara para tomar esas fotos que nunca sabía donde iban a parar; tal vez quería retratar su alma inquieta o era el afán de capturar los recuerdos como lo hacía yo cada tanto. La otra leía a mi lado, en silencio, aunque su alegría nos hacía sonreír; agradecía su presencia, pero extrañaba a mi otra hija, la que tengo extraviada y duele tanto. Quería desde la distancia insuflarle amor y fortaleza, soñaba que volara sola y de cuando en vez acudiera a mi presencia.

Cómo las amo, hijas.

SUSANA Y JUANITA

Sentado, viendo llover. Al medio día y todo tan gris: el cielo, mi alma, las ganas. Sentado, pensando en ellas, decidiendo por ellas, pensando en su porvenir, atenazado en el ser. Ellas que se levantan de las cenizas pese a todo, que hacen de esta vida un esfuerzo que vale la pena, ellas son la promesa que deja atrás los miedos, el llanto. Ellas que en algún momento me darán la alegría de nuevas vidas; con sus éxitos y fracasos, porque eso es vivir. Porque la vida es un homenaje para ti, Mis Lindos, un camino donde construiremos un amor feliz para ustedes hijas mías. Son mi vida entera.

JUANITA

Fue la última de las hijas, no la buscada, porque habíamos definido tener solo dos, pero los designios de Dios son perfectos: fue el regalo navideño más hermoso jamás recibido. Así nació Juanita, a quien renombré “corosito” por su cabeza redonda. Ha sido una gran alegría en nuestras vidas, la amamos profundamente. De risa franca y estridente como la de su mamá, buena amiga y de una inteligencia suprema. Me dice Ponsibol, Alfonso, “ponsito” y mil nombres más que no sé de dónde surgen y que me hacen feliz. ¿No es esa la apuesta?

A MI MADRE, DESDE VALLARTA

Vallarta, un puerto sobre el pacífico, distinto del mío, donde crecí, el de mi infancia. Allí me senté a ver la mar en la mañana, alejándose poco a poco, dejando un rastro de arena húmeda y negra. Oigo su rumor en la bocana, en Juanchaco. Esa mar ha viajado miles de kilómetros para avivar mi memoria: caminé por su malecón y descubrí las mismas caracolas que vendían junto a la estación; las pianguas —acá las llaman distinto, pero conservan el regusto salobre que guardan mis papilas—, las macetas de dulces y rehiletos movidas por los mismos vientos que viajan de allá para acá; los ríos cristalinos aún intactos, el atardecer con su indescriptible paleta de colores. Igual al día del 76 en el parque Simón Bolívar, debajo del pomarrosa en que juraste no olvidar nunca aquella tarde. Hoy, muchos años después, pienso en ti, madre, porque me enseñaste a amar las cosas simples. Tú que me llevaste a la galería, que me hablaste sobre la fuerza y la determinación, me has reclamado una frase bonita. Estas palabras son para ti, madre, en el Pacífico amado donde se definieron tantas vidas y también la tuya.

FIN DE AÑO EN LOS ÁNGELES

Pasan casi desnudas, vestidas de blanco, desvestidas de blanco. Estamos casi a 6 grados. Caminan de arriba a abajo. Aún es temprano y los momentos de mayor alegría están por venir. Estoy en Los Ángeles, California, 40 años después.

El sol del Pacífico bañaba la ciudad, se ocultaba en lontananza ofreciendo un bello atardecer. Verano de 1972, Juanchaco. Para mi abuelo paterno, sería el último. Uno de muchos globos de papel seda con mechones con petróleo se elevaba de esas playas y él y mi padre —un par de magos— gozaban de las tradiciones antioqueñas ante los nativos del lugar.

Los niños revoloteábamos de lado a lado, felices, en compañía de nuestra familia. Mi padre era un hombre magnánimo (de allí me viene, tú que preguntas por tal herencia): la comida abundaba, el licor, la pólvora y sus luces que tanto nos maravillaban. Su olor al ser quemada siempre ha estado allí, vivo, y provoca cantar “tutainas” o “faltan cinco pa’ las doce”.

Respecto a mi madre, todo era prudencia; se sentía segura porque esa noche Javier era el anfitrión: no tomaba para que sus hijos vivieran tranquilos la Navidad y el año nuevo. Luz se encargaba de la comida, los colchones, las sábanas y el repelente contra los mosquitos. Con los sentidos alerta para que ningún “loquito” se perdiera en la noche. El mar moría en la playa minuto tras minuto. Su agonía hacía renacer, en quienes escuchábamos el vaivén de las olas, una especie de amor y de éxtasis. Un mar que moría y nacía de nuevo porque así es la alquimia de la vida.

Fue el último 31 con mi padre. Dos años después moriría. Ahora los fines de año se han convertido en lo que realmente son: una fecha como cualquiera, un recuerdo más entre tantos otros. Un día como hoy, 40 años después, en que lloras por los ausentes, por aquellos que amas y ya no están. Un día en que quisieras abrazarlos, pidiendo más tiempo a su lado para reír, para cantar, para jugar con ellos en la playa. Una medianoche fría, 40 años después, para decirles a los ojos que los amas.

LA VIDA EN DO MENOR

Con menos de seis meses de vida fui llevado a Buenaventura, por aquellas cosas de que los padres buscan para su vida y su familia un mejor bienestar. Y a fe que lo lograron. Hasta los 12 años fue un continuo ir y venir entre esa ciudad y Medellín, y, a medida que la situación económica iba en ascenso, mis padres pensaron en regresar tras una mejor vida y buena educación a su ciudad.

Durante este periodo nacieron mis otros cinco hermanos: cuatro mujeres y un hombre. Fue una época de sentimientos y experiencias encontradas. Mucha violencia intrafamiliar. Los más afectados fuimos los hombres, en especial yo, por ser el mayor. Muy afectada mi madre por separaciones temporales que eran antecedidas por escapadas en medio de la noche, cual delincuentes, buscando refugio en casas de amigos y después por largas temporadas a Medellín, donde éramos acogidos con amor y resignación en casa de nuestras tías.

Diario del Desgarro

En esa época tuve un revolver en mi cara cuando enfrentaba a mi padre para que no matara a mi mamá; cientos de correazos que siempre recibía desnudo; un temor reverencial a la figura paterna; un abrumador silencio que se apoderó de mí y aún siento anudado en mi garganta. También hubo momentos mágicos. Paseos maravillosos, de esos de antes: ríos, mares, fiambres, juegos, primos, amigos. Un padre que, como en la novela del asombroso caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, el monstruo se transformaba en un hombre amoroso, maestro y guía que todo niño espera encontrar.

A los 12 años, perdí a mi padre. Vivíamos en Medellín. Recuerdo que regresaba a pie del Colegio Ferrini, de la segunda jornada, a las 3 de la tarde. Había muchos carros en mi casa, lo que era inusual, y presentí que algo había pasado. Pensé que como la noche anterior mi padre se había pasado de tragos, seguro había pasado algo con mi madre. Pero no, el muerto era él. Ese momento cambió la vida de todos. Lloré como es normal por la pérdida, pasé en vela las dos noches de velorio y sucumbí al tercer día por el cansancio. A los 13 años era huérfano, mi madre viuda a los 42, con seis hijos por levantar y sin tiempo para elaborar un duelo que seguro ha pervivido.

Regresamos a Buenaventura, pero esta vez por casi cinco años. Dejamos la comodidad de nuestra casa para irnos a un apartamento sin ventanas al exterior, hacinados en tres cuartos pequeños, con ventiladores de techo que solo movían levemente el calor. Ratas inmensas por doquier, nuevos colegios, nuevos amigos; libertades no pedidas porque a mi madre le tocó dedicarse a los negocios, a administrar mas de 30 empleados que trataban de abusar de la viuda.

Diario del Desgarro

No tuve juventud. Trabajaba y ayudaba a mi madre en la ferretería (todos de alguna manera ayudábamos), me enfrasqué en la lectura y me leí todas las novelas de vaqueros que pude encontrar, y pasé de los clásicos de la literatura juvenil a los clásicos de la literatura universal. Desde los 15 años los compañeros de colegio me apodaron Brigitte (por la Bardot) y empezaron a tratarme de marica. Esto hacia que me encerrara y desarrollara una timidez enorme que impedía relacionarme con los demás, en especial con las mujeres. Solo me atrevía a mirar a las empleadas del almacén y a algunas pocas amigas. Ya el deseo me corría por entre las piernas, pero no fui capaz de tener una relación sexual hasta mucho después. Mis hermanos hablan de algunas aventuras que solo existen en su imaginación y me han marcado sin ser reales. No sabría el porqué.

Cuando no soportaba las burlas (incluidas las de mi hermano), me enzarzaba en peleas a puño limpio, algunas las ganaba y otras (muchas) las perdía; me azotaba contra el mundo, maldecía mi suerte, la sangre me hervía y para mí no había otra opción. Nunca tuve orientación sexual: mi madre nunca me habló de temas distintos a los del negocio; las conversaciones trataban de las dificultades para conseguir dinero, las deudas, las pérdidas, los anhelos por alcanzar una buena vida. Yo era su único confidente, pero nunca tuve con quién hablar.

Muchas veces he dicho que me acostaba con una muchacha del servicio. ¡Falso! Fue un rumor que soltó Pacho en alguna oportunidad, y que yo no desmentí por miedo. ¿Las consecuencias?, una pela enorme y que echaran a aquella niña de forma injusta. Fui cobarde, pero lo preferí a dejar que creciera la idea de un hijo marica. Lo triste es que en esa época como ahora, me encantaban las mujeres, las voluptuosas, sobretodo. Las miraba en silencio y en silencio quedaron para siempre. Alguna vez pensé en buscar a esas mujeres y decirles cuánto me gustaron, la fiebre con la que deseé estar a su lado. Pero los años pasan, y con ellos se aprende a vivir en calma lo que de joven es un enredo.

Luego de la muerte de mi padre, las navidades y las fiestas de año nuevo ya no se celebraron más. Se acabaron los paseos, los regalos, los lujos. La vida se volvió oscura. A mis 17 años mamá tomó una decisión extrema, entendible. Vendió todos los negocios y en menos de seis meses estábamos de regreso en Medellín. Apostó todo por la educación de sus hijos y ganó la apuesta. Pero yo regresé virgen, mal vestido, con el pelo grasoso, humillado por algunos de mis primos y por los vecinos. La vida sonaba en Do menor.

EL ÚLTIMO RELATO

Sus caderas anchas, sus senos turgentes, rosados, sus excitantes labios. Siempre es lo mismo. Hace diez años caminaba a su lado, bajábamos por la rivera del Sena, sin rumbo, viendo viejos libros, postales, discos en acetato, cosas viejas como viejo era el amor que nos unía, como viejo era el río en el mismo cauce; inspirando poetas, pintores, enamorados y suicidas. Ella en sus asuntos, yo en los míos. Hace diez años, cansados, llegando a St. Mitchell, sentados en el lugar de siempre; ella tomando un café y yo un vino sin nombre ni año; ella mirando mi rostro y yo leyendo el suyo; ella recordando la historia y yo deseándola... el sol ocultándose, las palabras mudas, el sentimiento vivo. Lo recordé ahora que estamos distantes, aquella tarde en que le hice el amor en París. Hoy pensé en un futuro juntos: Praga, Amsterdam, ella bailando para mí, desnuda en una vitrina, jugando con su cuerpo que aún me atrae. Hoy sentí diez años menos y quise tener muchos más a su lado, amándonos.

¿QUIÉN PARA CASARME?

No sé cuantos años tendría y tampoco me importaba. No podía preguntársele la edad, ¿para qué? Era una decisión tomada. La conocía desde hace más de 25 años, en el esplendor de su juventud: bella, cáustica, con una boca magnífica para las malas palabras, le lucían: tierra fértil para todos los vicios, inteligente y mal querida. Mucha mujer para haber sido amada como otras, la mejor amante del mundo; riendo en la madrugada, haciendo guiños en los velorios, cogidos de la mano en las noches desenfundadas. Le prometí robármela sin aviso. Una locura que fuera nuestra, de ella y mía; una locura para no olvidar, llameando de deseo, digna de quienes aman. Era un día como cualquiera, igual al de ayer, como seguro sería el de mañana, y la saqué de su monotonía. Le recordé, mientras tomaba su mano y la sacaba de su casa, que un destino juntos nos esperaba. Fue fácil, estaba ávida de amor: un volcán a punto de estallar. Por primera vez, en muchos años, dejamos las tonterías, las conversaciones vanas: sus labios eran más que palabras.

TAREAS AJENAS

La seguía en Twitter. Había algo díscolo y difícil en ella. Era su forma de espantar los fantasmas que la espantaban y terminaban convirtiéndola en la mujer que yo buscaba. Tal vez. Cierta madrugada me senté al borde de su cama, la vi dormir, casi desnuda. Quise acariciar su rostro, sus brazos, sus senos; besarla. Pero era un sueño. Ambos compartíamos ese sueño que era un suspiro, un leve gesto en el silencio. Soplé y agité sus cabellos, buscaba su cuerpo, perpetuar mi alma en su cuerpo. Y, como si ella lo supiera, me guiñó un ojo, traviesa. Entonces entendí el imán que hace uso de los amantes.

INVENTARIO DE BESOS

No sabía cuantos besos cabían en su boca. Nunca pensó en ello, no quería inventarios, no quería cortapisas. Quería más y más besos en esa noche de amor libre, sin prisa, sin miedo, sin mañanas que atormentaran al despertar.

UN SUEÑO

Y en la noche te soñé: declamaba y cantaba para ti, inspirado por ti. Como un poema de amor, como un poema. Ese era el estribillo: como un poema de amor, como un poema. Tu recuerdo atiza el silencio y te exige siempre en mi alma, siempre. Es de noche y en mi mesa dejo estas palabras para ti.

LA CASA VACÍA

Trabajar el día entero, a veces logrando cumplir los propósitos y otras menos. Llegar a casa para decirte algo, cualquier cosa. Pero la casa vacía. Sin ti. Sin el perro que siempre saluda y mueve la cola. Acostarse y extrañar tu cuerpo, hoy que no estás, solo en la noche y en la mañana y a la noche siguiente. Comer mal, porque cocinar para uno solo no motiva. Solo en la enfermedad, llorando, quejumbroso; sin quién te acompañe, sin nadie que escuche. Florecido en lágrimas porque no se está hecho para la soledad. El bus pasa por ti, día tras día, pero no quieres ir y el espíritu decae aún más y pesa.

Pones flores y quieres que ella vea, pero no está.

BALADA

Un pequeño asomo del sol, abetos, enebros, pinos, algunos escasos robles y un invierno inclemente. Sí. Afuera del automóvil hacían 2 grados. de camino al gran cañón del colorado. Este viaje me confirmó lo que es la vida, una donde cada cual acomoda su escenario y su rol según el día.

Pensé en ella, tal vez recorriendo paisajes más verdes rumbo a casa de quien amó para decirle que se sabía amada; que las noches auguraban el amanecer; que ahora abrazaba a un hombre que la hacía vivir con las ganas que antes no tenía. Un hombre encontrado en medio de la angustia del laberinto. Un hombre imaginado en el sueño.

Con una seca tristeza, faltos de vida, con un camino polvoso que al final traía la belleza. Así ocurrió nuestro hallazgo otoñal. El encuentro de dos seres atraídos por la bondad y la dulzura, dispuestos a amarse. Porque haber vivido entre cataclismos fue necesario para que, parados al borde del abismo, le pidiéramos a Dios que nos permita estar juntos, siempre.

LA NOCHE DEL FIN DEL MUNDO

Miraba al cielo, había apagado todas las luces de la finca y esa oscuridad permitía ver la hermosa noche tachonada de estrellas. El fin del mundo había pasado sin ser el fin; fue tema de escritos, chistes, preparaciones y fuente de ingresos de avivatos; aunque también fue la oportunidad de llamar al cambio. Tenía una copa de vino blanco, unas aceitunas españolas deliciosas, música clásica, solo piano porque era la que había escuchado cuando desperté del largo estado de coma y era la música que quería escuchar hoy. Tenía su recuerdo a mi lado, ¿era un recuerdo?, ¿algo real? Teníamos la edad de la razón, de todas las mujeres que he amado sentía que ella había hecho su trabajo; no eran cataclismos bajando del espacio ni tsunamis arrasando pueblos y territorios, era el final, sí, pero de esa vida que hoy pesaba tanto, arrastrando cadenas que pesaban más que las amarras de aquel barco que nunca pudo zarpar del puerto. Era renacer al derecho a amar, a la caricia en medio del atardecer, al despertar con un beso de buenos días. Era el fin de una era que daba paso a otra llena de esperanza; a una que motivaba pensamientos bajo este techo de estrellas y luceros. Yo acá en la noche fría, ella allá, tal vez mirando el horizonte, pensando en la piscina que dejó por mi compañía, amándome en silencio, deseando la alquimia que trastoque la distancia, amando al final del camino.

HUBIERA TOMADO EL BUS

Tomar un bus. Transitar esa carretera llena de peligros y angustia. No me importaría el número de horas. Hubiera llegado un poco más cansado, pero feliz a tu encuentro. Verte, mirarte a los ojos, hablar de tus cosas y las mías. Solo empaqué tu regalo, un iPad lleno de fotos y música que no hubo forma de darte. Acomodé mis emociones, todo lo que despertaste en mí. Ese heredado enredo de vivir vidas ajenas y renunciar a la propia. Llevé en mi equipaje ese pedazo de mi ser y busqué consejo profesional sobre las implicaciones de enamorarme de una mujer como tú; sobre la diferencia entre una persona con la cual uno quisiera compartir el resto de la vida y aquella con que no. Existen personas que orbitan a nuestro alrededor buscando la oportunidad de mejorar su estatus y por ello son capaces de fingir amor. He pensado en las renunciaciones hechas en beneficio de otras personas y cómo esas renunciaciones terminan siendo sacrificios inútiles e incluso dañinos. He pensado en mí, sobre todo en mí. He decidido dejar de ser un teórico del sueño y el romance y pasar a vivirlos. Me da miedo el fracaso por idealizar en demasía una relación, pero prefiero intentarlo. Me da miedo ser inferior al reto, pero eso me motiva y, ya lo sabes, quiero estar a tu lado. No me preocupa el pasado, me seduce el libro blanco de nuestro futuro. Deseo cientos de noches con estrellas a tu lado, deseo seguir creciendo contigo, montar contigo a caballo si me enseñas. Que caminemos descalzos en la playa, acompañarte a cine, ser abuelastro, servirte muchos desayunos en la cama, cuidar de ti cuando estés enferma y que me cuides cuando yo lo esté. Quiero cantarte al oído, viajar por el mundo a tu lado, calzarte, vestirte, recordar y reír contigo, que me acompañes en sueños, a realizar los sueños. No solo quiero una amante, deseo una mujer que pueda amar hasta el fin del fin.

CONFUSIÓN

Despertar es confuso. Aún atado al sueño creo que estás a mi lado, pero es en vano. Te busco y no te encuentro en ningún lugar. El frío me subyuga. ¿Dónde estás ahora que necesito tus besos? El cuarto oscurece en todo momento; es la prisión que habito, porque faltas tú. Esta rutinaria soledad te inventa y se hace larga y lloro y la radio suena murmurando. Pero nada escucho. Ya ni una sonrisa es posible: los días y las noches se extienden llenos de tristeza; te busco en el teléfono e intento llamar y no puedo, sin ti no puedo. No. Entonces busco el sueño y quiero dormir y dormir y no despertar más a no ser que al abrir los ojos te pueda ver y... pero no es posible e ignoro el porqué.

DESPERTAR CON MIEDO

Desperté en medio de la noche, frío, temblando, sobresaltado. Busqué tu mano y llevé la mía hacia tu rostro. No estabas. Ahora, solo distancia, un gruñido de feroz ausencia. La soledad no es grata compañía. A esta edad se necesita la presencia, la constancia, saber que se cuenta con quien amas. Que el otoño preservará el amor.

NO QUIERO PARTIR

No sabes el dolor que siento al cruzar la puerta, la incertidumbre me entristece, no sé cuándo podré tenerte de nuevo. Al estar contigo le robo tiempo a mi familia, a mi trabajo, a lo que soy. Priorizar es lo que me aleja de ti. Soy un hombre entregado a los demás, pocas veces miro atrás, y, cuando lo hago, siento un remordimiento inexplicable. Todo pasa; pero quiero estar contigo. Me pides vivir el presente, pero los días son una esclavitud: el celular en la mano esperando un mensaje, que me respondas, competir con el correo, con alguna vídeo conferencia... siento que es injusto. Me entristece porque te siento cómoda. Me duele, amor, y lo siento; nunca he escuchado nada que me permita pensar lo contrario. Hay que ser muy fuerte para esta clase de amor: no siempre se dan las cosas como quisiéramos y se lastima mucho el corazón. Hay palabras que llegan y dañan porque se escuchan de modo diferente a la manera en que se dijeron, cambia la intención. Sé que me amas y a eso me apego, me anima a seguir; pero quisiera sentir algo más fuerte de tu parte, un compromiso que me permita luchar por lo nuestro.

Ruego a Dios alguna señal.

EN MEDIO DE LA LLUVIA

La lluvia me tenía cansado. Un bello amanecer se fue tornando en nubes negras, en presagio de tormenta. Pensaba en ti, en nuestra disputa de ayer, en lo desgastante que es herir cuando se ama. Deseaba tu cuerpo cerca, desnudos como siempre. Besarte, abrazarte toda en ti. Un leve sueño se abrió paso en medio de la lluvia y su inclemencia: te vi tomada de mi mano, conversando y riendo, envejeciendo juntos, mirando lejos como quien siembra algo para después.

EL AMOR PUEDE SER TRISTE

Estaba sentado en un café cerca a la costa. El clima era algo frío, entraba el otoño; árboles con hojas en tonos rojos y sepias que caían una a una. Un vino blanco, huyendo sin éxito de la tristeza que me seguía como un centinela. Eran dos tristezas: una, la de perder el amor que quería para terminar mis días y, la más fuerte, la de mi hija que decidió anticipar su viaje dejando un dolor indescriptible, sin nombre, sin explicación. Lágrimas y preguntas sin solución. Doble tristeza que se agarra de mis días y noches; que me acecha mientras pienso en ti, en un amor que sea posible. Mientras pienso en mi hija que, pese a todo, no se ha ido porque habita en mi corazón.

Desde que Laura partió, entre todas mis tristezas y miedos, me dije: “mierda, ¿qué mensaje pudo dejar mi hija a sus primas? ¿A sus tías y tíos?”. Hoy lo encontré. Era una niña buscando la perfección, encerrada en sí misma, dudosa de sus sueños. Todo se le volvió un nudo y no pudo más y tomó la decisión. Hoy pasó algo extraordinario. Recibió un premio como una de las mejores estudiantes de medicina evaluadas por el Gobierno. Diploma, medalla de oro. Mierda, la quisiera ahora normal, llorando, siguiendo su lucha. Amo a mis hijas, a mis sobrinas, a mis sobrinos. Luchen, no hay perfección, el camino es duro pero hay que seguir adelante. Quiero que recuerden a mi hija con mucho amor. Quiero que tomen lo lindo que dejó y desechen sus miedos.